

RESPUESTA A LOS COMENTARIOS SOBRE DEMOGRAFIA Y CAMBIO SOCIAL EN QUEBRADA DE HUMAHUACA

por Axel E. Nielsen

Ante todo quiero manifestar mi gratitud a José A. Pérez y Hugo Jacobaccio por su lectura y comentarios al trabajo, los que me brindan la oportunidad de clarificar algunos puntos insuficientemente desarrollados en el mismo. Deseo también felicitar al comité editorial por su iniciativa al crear este ámbito de discusión.

Los comentarios se refieren a tres temas generales: cronología, naturaleza de las tendencias propuestas y explicación. En las siguientes páginas trataré cada uno de estos puntos por separado.

Cronología

Yacobaccio centra sus observaciones en lo que considera falencias metodológicas en la formulación del modelo cronológico: (1) operatividad del concepto de fase; (2) arbitrariedad de las separaciones entre fases; (3) cantidad insuficiente de dataciones para algunas fases (especialmente Vizcarra y Muyuna).

Entendemos por *fase* al segmento mínimo que es posible reconocer en un esquema cronológico que recurre a la variación en atributos de la cultura material como procedimiento para la ubicación temporal de unidades arqueológicas de observación. Esta noción es implícita o explícitamente utilizada cada vez que los arqueólogos, basándose en las características de los materiales presentes en una colección, depósito o sitio, formulan juicios sobre su antigüedad (p.ej., "este sitio es formativo," "aquellos petroglifos datan del Período Tardío" o "el sitio continuó siendo ocupado durante el Período Inka"). Más aún, no conozco discusión o síntesis de alcance regional que aproveche datos de prospección y que no recurra a alguna versión de este procedimiento para la ubicación temporal de la mayor parte de los sitios. Lo mismo cabe observar respecto a la antigüedad que se atribuye en la literatura a la mayoría de los asentamientos agroalfareros del Noroeste argentino.

Aún cuando el término *fase* ha adquirido mala reputación por su asociación con enfoques normativos (p.ej., Binford 1965), no creo que podamos o debamos abandonar esta herramienta metodológica (o una similar con un apodo a la moda) por varias razones. Primero, porque desechar las cronologías de artefactos (sean tipológicas o basadas en atributos independientes [Duff 1996]) dejaría sin posición cronológica a innumerables unidades de observación que no pueden ser objeto de fechados absolutos (p.ej., conjuntos de superficie, colecciones de museo e innumerables depósitos que no reúnen las condiciones necesarias para ser fechados por ^{14}C , TL o arqueomagnetismo). Segundo, aún dejando de lado este problema, el costo de fechar todo contexto a considerar, no sólo en un análisis de alcance regional, sino hasta en la discusión de un asentamiento complejo como cualquiera de los conglomerados tardíos del NOA, sería irrisorio. Tercero, la experiencia de otras partes del mundo (p.ej., el SO de los EEUU), donde las secuencias de artefactos han sido vinculadas a una escala temporal absoluta mediante métodos de datación independiente (*sensu* Dean 1978) de alta precisión, demuestra que estas escalas cronométricas pueden alcanzar gran confiabilidad y alta resolución, permitiendo en algunos casos discriminar momentos o fases de 50-100 años.

Por último, creo que es posible aprovechar las posibilidades de datación que ofrecen las secuencias de artefactos sin adoptar necesariamente una postura normativa (Nielsen 1997a:54-56). Por cierto, la cultura material utilizada y desechada por cualquier grupo humano en un momento determinado varía internamente a lo largo de dimensiones funcionales, sociales, culturales y microrregionales. Sumando a estos factores la incidencia de procesos de formación de sitios y variables aleatorias, cabe concluir que los artefactos que ostentan características que hemos identificado como "diagnósticas" de una fase, se presentarán en frecuencias variables en los diversos depósitos generados durante dicho lapso. Más aún, atendiendo a la baja frecuencia que suelen presentar estos materiales, lo más probable es que estén ausentes por completo en la mayor parte de los contextos correspondientes a esa época. Este hecho no invalida que podamos establecer juicios cronológicos cuando algunos de tales estados variables si están presentes; p.ej., concluir que un contexto donde encontramos un plato de asa omitomorfa data del Período Inka (si no hay señales de perturbación) o que un depósito conteniendo alfarería en el NOA es posterior al 3000 AP.

Por supuesto, razonamientos de este tipo no serían igualmente válidos en la situación inversa, v.gr., la ausencia de tales indicios no permitiría concluir que los contextos son pre-Inkas o de antigüedad precerámica, ya que podría obedecer a otras causas (p.ej., la funcionalidad del sitio o la insuficiencia de nuestras muestras). Indudablemente esto introduce un grado de error en las asignaciones temporales de los sitios, específicamente en la presunta ausencia de ciertos componentes en algunos de ellos. Cabe señalar, sin embargo, que dudas semejantes podrían plantearse respecto al uso de dataciones absolutas. Aún si todos los sitios considerados en el trabajo contaran con fechados, ¿cómo podríamos asegurar que no existen en ellos depósitos más antiguos o más recientes que los rangos producidos por las muestras datadas en cada uno?

Precisamente para controlar en alguna medida estas dificultades, preferimos formular nuestro modelo cronométrico (*op.cit.*) en términos de una escala nominal, donde las fases o momentos se definieran por la presencia/ausencia de ciertos estados variables, evitando recurrir a frecuencias, ya que estas son más sensibles a otras fuentes de variación (p.ej., presencia de vasijas remontables en las muestras de fragmentos). Además, la mayoría de los contextos que seleccionamos para formular dicho esquema fueron depósitos de basura doméstica, buscando así reducir en cierta medida el riesgo de atribuir al tiempo variaciones que podrían ser de naturaleza funcional. Por la misma razón, en la Tabla 2 del presente trabajo se consideran sólo asentamientos aparentemente habitacionales, con la excepción de los interpretados como fortalezas, cuya ubicación temporal descansa en evidencia radiocarbónica (Puerta de Zenta) y en la presencia de rasgos arquitectónicos inkaicos (Raffino 1981). Se examinaron directamente casi todos los sitios tratados, buscando detectar a través del examen de evidencias superficiales la presencia de indicadores cronológicos que hubieran sido pasados por alto en la literatura, habiendo realizado directamente excavaciones de diversa envergadura en 20 de ellos. Combinando las dataciones propias y de otros investigadores, conocemos fechados absolutos correspondientes al lapso discutido para 28 de los 59 sitios considerados. No dudo que futuras investigaciones llevarán a modificar esta tabla (de allí el adjetivo "tentativo" que la encabeza), pero creo contar con suficientes elementos para proponer un primer ordenamiento y discutir las implicancias de las tendencias que comienzan a anunciarse.

La afirmación de Yacobaccio, según la cual "los rangos de las fechas se superponen sin límites evidentes, (p)or lo tanto, todas las divisiones cronológicas de las fases son arbitrarias" es incorrecta. Son estadísticamente significativas ($p < .05$) las diferencias entre las fechas 1 y 3 de la Tabla 1 ($[t=6.82]$ asociadas a los contextos que definen a las fases Vizcarra y Muyuna respectivamente), entre las fechas 11 (última con materiales de fase Calete) y 13 (primer contexto de fase Sarahuaico $[t=6.97]$), y entre la 20 (nivel del Complejo A de Los Amarillos inmediatamente anterior al ingreso de los elementos de filiación Inka en el sector) y 22 (fortaleza Inka de Puerta de Zenta $[t=4.13]$). Pero más importante aún, su observación no es pertinente al problema de la "nitidez" o presunta ambigüedad del modelo cronológico.

La presencia (o no) de discontinuidades significativas en una serie de fechados depende de las diferencias de antigüedad de las muestras datadas, no de la existencia de cambios significativos en la cultura material durante el lapso que abarca dicha serie. Es esto último, no lo primero, lo que justifica la propuesta de que ciertos estados variables pueden actuar como marcadores temporales. La formulación de fases descansa sobre argumentos arqueológicos tales como: (1) los estados variables que las definen han sido aislados en cierto número de contextos discretos; (2) tales contextos se presentan en ciertos casos estratigráficamente superpuestos; o (3) sus diferencias no pueden ser satisfactoriamente explicadas como el producto de variables funcionales, sociales, tafonómicas o como errores de muestreo. Si estos argumentos son correctos, la secuencia resultante puede servir por sí misma como herramienta de datación

relativa; de hecho, como el propio Yacobaccio nos recuerda, el "método tipológico" fue usado para la datación relativa en arqueología (agregaría que con bastante éxito) mucho antes de la introducción de métodos de datación absoluta y de la parafernalia estadística que les acompaña (p.ej., Bennett et al. 1948).

Permítaseme ilustrar este punto mediante un ejemplo. Por lo que sabemos, la cultura material de filiación Inka fue introducida a la Quebrada de Humahuaca mediante un proceso bastante rápido ocurrido a comienzos del siglo XV. Imagínese un depósito arqueológico gradualmente acumulado entre ca. 1300 y 1550 d.C., que contuviera en sus niveles superiores (v.gr., posteriores a la conquista cuzqueña) artefactos de filiación Inka en proporciones reducidas pero consistentes. El análisis del conjunto recuperado permitiría postular la existencia de dos fases definidas por la presencia/ausencia de artefactos inkaicos y, tal vez, otras diferencias de atributos en los materiales. Este argumento se vería reforzado por referencias a otros contextos funcionalmente equivalentes, donde se hayan encontrado aislados artefactos comparables a los de la porción inferior y superior del depósito respectivamente. Si se dataran muestras del nivel de base y del nivel superior, probablemente se obtendrían dos fechas estadísticamente diferentes, *ceteris paribus*. Si, en cambio, se fecharan 10 muestras extraídas a intervalos regulares de la estratigrafía, se obtendrían "fechas cuyos rangos se superponen sin límites evidentes." Lo evidente es que, mientras que el primer grupo de argumentos, que podríamos denominar "arqueológicos" (formales, estratigráficos, contextuales), son cruciales para la fundamentación de la secuencia, los segundos son accidentales (p.ej., disponibilidad de fondos para datación, elección de una estrategia de muestreo) y, en definitiva, irrelevantes respecto al problema.

Uno de los principales objetivos de combinar una secuencia artefactual con dataciones independientes es asignar a las fases rangos aproximados en escalas temporales absolutas (p.ej., radiocarbónica, calendárica). En cierto sentido, podría afirmarse que estos límites absolutos atribuidos a las fases son siempre arbitrarios. Primero, porque los métodos de datación disponibles poseen muy baja resolución. Volviendo al ejemplo del párrafo anterior, si fecharíamos los niveles inmediatamente anterior y posterior a la conquista Inka probablemente obtendríamos resultados estadísticamente indiferenciables; si quisiéramos asignar un valor calendárico a la diferencia arqueológicamente detectada, deberíamos escoger una cifra arbitraria (1420? 1430?). Segundo, porque todas estas transformaciones de la cultura material son graduales y continuas, aunque varíen en su ritmo y velocidad. En tal sentido, los valores cronológicos límites (como la aparente homogeneidad interna de las fases) son puramente indicativos, un reflejo de la escasa sofisticación de nuestros recursos metodológicos para medir el cambio antes que hitos fijos o afirmaciones sobre el carácter puntuado del devenir cultural. De hecho, uno de los propósitos del diseño de la Tabla 2 es graficar esta concepción gradualista del cambio. Tercero, porque los estudios actualísticos han demostrado que los materiales que el descarte reúne en un mismo depósito, pueden haber sido confeccionados en épocas diversas, teniendo en cuenta la posibilidad de reutilización y la diferente longevidad que caracteriza a

distintas clases de artefactos. Estos fenómenos pueden tener considerable impacto en la "nitidez" de los límites entre fases, particularmente cuando éstas abarcan lapsos breves, como en este caso.

Por último, acuerdo con Yacobaccio en que algunas de las fases (especialmente Vizcarra y Muyuna) cuentan con menos fechados de lo que sería deseable, razón por la cual nuestros esfuerzos están actualmente centrados en la investigación de sitios que atribuimos a estos momentos. No obstante, quisiera hacer algunos comentarios sobre este punto. Primero, si bien Vizcarra posee sólo un fechado por ahora, Til.22, donde se recuperaron abundantes materiales semejantes y que asimilamos a este segmento de la secuencia (con "ausencia total de tricolores" [Rivolta y Albeck 1992:92]), también posee fechas coherentes con su inclusión en esta fase (Rivolta 1996:132). Un contexto comparable (sin datar) fue aislado por Madrazo (1969a) en El Alfarcito, en tanto que piezas bicolores similares (Tarragó 1989, Fig.24) se presentan en San Pedro de Atacama en tumbas de la Fase Coyo (700-950 d.C.) y aún anteriores, como lo indica una fecha TL de 1470 ± 150 AP para un conjunto funerario que incluye un ejemplar de este tipo (Berenguer et al. 1986:31). En cuanto a la Fase Muyuna, contextos análogos ya fueron aislados en Santa Ana de Abralaité y Peña Colorada, siendo considerados por sus investigadores como correspondientes al final del Período Medio y comienzos del Tardío (Deambrosis y De Lorenzi 1975). Lo mismo puede decirse de los materiales obtenidos por Basflico (1992) en Pueblo Viejo de la Cueva, los que cuentan con un fechado algo más temprano, pero estadísticamente equivalente a los de Casa Grande y Muyuna (Tabla 1).

Por último, al tiempo que reconozco la necesidad de profundizar los estudios sobre yacimientos de estos momentos, quisiera notar que la significancia y pertinencia de un aporte deberían ser evaluadas en relación a lo que se sabe sobre el tema. Al momento de escribir este trabajo (1995), la arqueología Quebradeña del lapso que tratamos estaba organizada en base a un esquema cronológico de tres Períodos (o fases estrictamente hablando), Medio, Tardío e Inka, no muy diferente del formulado por Bennett et al. (1948) hace medio siglo. A más de 25 años de la introducción del radiocarbono a la arqueología del NOA, los contextos atribuidos al Período Medio sólo contaban con cuatro fechados, tres de ellos "anómalos," (Krapovickas 1988; Fernández Distel 1976) lo que, sorprendentemente, no había provocado revisión crítica alguna del modelo cronométrico (¿sería que la repetición llegó a tomar el esquema de Bennett et al. "palpablemente evidente" en los términos de Allan Poe?). De alrededor de una decena de fechados asociados a contextos del Período Tardío (Nielsen 1997a:25), ninguno avalaba atribuirles una antigüedad mayor al 1200 d.C. (considerando dos sigmas), lo que no era obstáculo para continuar afirmando que el Período Tardío o de Desarrollos Regionales se iniciaba en el 900 o 1000 d.C. Tomando las palabras de Yacobaccio, creo que estos elementos (entre otros) también "deberían contemplarse para situar [el artículo] en perspectiva" o para juzgar la pertinencia de un trabajo de reflexión y reajuste de modelos sobre proceso regional.

Pasando al contenido substantivo del modelo cronométrico, debo señalar que los

datos actualmente disponibles no me permiten coincidir con Pérez en la antigüedad que atribuye a ciertos elementos del registro arqueológico. Sabemos, gracias a los estudios de Tarragó (1977), que se han encontrado en el registro funerario de San Pedro de Atacama un número reducido de vasos con cintura semejantes a algunos especímenes de La Isla y Pueblo Viejo de La Cueva. Aún cuando estas tumbas no han sido fechadas directamente, incluyen artefactos Tiwanakotas y San Pedro Negro Pulido correspondientes a la Fase Coyo. De acuerdo al esquema cronológico actual (Berenguer et al. 1986), esto significa que los contextos en cuestión podrían corresponder a cualquier momento entre el 700 y el 950 d.C. aproximadamente. No hay contradicción alguna entre esta propuesta y nuestra atribución de ciertos elementos del grupo "Isla" (p.ej., los vasos con cintura y puntos blancos) a una Fase Muyuna (900-1100 d.C.), especialmente si se recuerda que los límites de fases son indicativos y seguramente deberán ser ajustados al aumentar el número de dataciones. Imaginar este tipo de materiales en el 500 d.C. como lo propone Pérez, en cambio, me parece actualmente aventurado atendiendo a: (1) la ausencia total de evidencias específicas que respalden esta idea; (2) la existencia de otros contextos que no incluyen materiales de esta características pero que, a juzgar por las dataciones, parecen estar ocupando este momento (Vizcarra-Til.22-Alfarcito Antiguo); (3) la existencia de una decena de fechados procedentes de depósitos domésticos estratificados en cinco sitios de la propia Quebrada que ubican a los materiales Isla-Alfarcito (y tal vez los objetos metálicos de oro que se han encontrado asociados a ellos en tumbas) entre el 900 y el 1200 d.C. (Nielsen 1997a); y (4) que la fecha más antigua que existe para este tipo de contexto es la de Pueblo Viejo de La Cueva (1180±50 [Basflico 1992:126]), cuyos rangos calibrados son 880-979 (1ds) y 781-1012 (2ds).

Más tardíos aún parecen ser, en Humahuaca al menos, la parafernalia de inhalar y los trofeos de cráneos. Todas las tabletas para las que conocemos contexto corresponden a la Fase Pukara; los dos ejemplares datados hasta ahora (*op.cit.*:102; Cigliano 1967) han arrojado fechados posteriores a 1200 d.C. Lo mismo cabe afirmar respecto a las "cornetas," aceptando provisoriamente la hipótesis de Pérez sobre su uso como tubos de inhalar. En cambio, no se ha encontrado hasta ahora ninguno de estos elementos en contextos "Alfarcito-Isla." Algo similar sucede con los cráneos-trofeo, con una sola fecha posterior a 1300 d.C. en Juella (Pelissero 1969). Existen algunos indicios relacionados con esta práctica en contextos de Fase Calte (v.gr., trofeos en San José y Puerta de Juella y un decapitado en Sector Debenedetti de El Alfarcito), pero nada indica por ahora una antigüedad mayor al 1000-1100 d.C.

Naturaleza del Proceso

En otro trabajo he argumentado contra el uso en arqueología de las tipologías neoevolucionistas (u otras similares) como herramientas para conceptualizar el cambio social (Nielsen 1995a). Renunciar a conceptos como el de "jefatura," "señorío"

o "sociedad compleja" (como tipo, en lugar de "complejidad" como dimensión), significa tratar en forma analíticamente independiente a fenómenos tales como la integración política, la intensificación económica, el acceso diferencial a bienes suntuarios o al trabajo ajeno, el tráfico a larga distancia o la especialización artesanal, entre otros. Semejante decisión plantea grandes desafíos metodológicos al arqueólogo. Quienes recurren a los "tipos de sociedades" dan por supuesto, implícita o explícitamente, que todos estos fenómenos co-ocurren. La tarea, entonces, se reduce a establecer "con qué tipo de sociedad" se está tratando, v.gr., a determinar en base a algunos indicadores (p.ej., la aparición de bienes suntuarios o la complejidad de los asentamientos) si se trata de una jefatura o sociedad compleja y así suponer (por definición [Service 1962]) que los demás atributos del tipo también debieron estar presentes (p.ej., el rango como principio de integración, el jefe=sacerdote, sus prácticas redistributivas, etc.).

Por el contrario, al renunciar a los supuestos de covariación de atributos que fundamentan las tipologías sociales, nos vemos en la necesidad de desarrollar indicadores arqueológicos independientes de cada uno de estos fenómenos. A pesar de las dificultades que esto supone, se nos abre así la posibilidad de contrastar empíricamente, a través del estudio de trayectorias históricas particulares, proposiciones teóricas generales respecto a las relaciones entre diversas dimensiones del cambio en los procesos de evolución social. De este modo, los arqueólogos nos damos la posibilidad de hacer una contribución original a este campo de estudio, en lugar de limitarnos a reiterar (con ilustraciones del registro arqueológico) estereotipos etnográficos. Este trabajo sólo aspira a ser una etapa en un ejercicio de estas características. Tomando estos conceptos como marco, quisiera ahora clarificar los indicadores arqueológicos empleados para inferir tendencias en algunas dimensiones de cambio (objeciones de Yacobaccio) y luego discutir la significación de la mismas para la apreciación cualitativa del proceso global (cuestionamiento de Pérez).

Considero un indicador contundente de la intensificación de las explotaciones agrícolas en el valle del Río Grande a la construcción de complejos de cuadros y terrazas de cultivo con infraestructura de irrigación a lo largo de todo el alto piedemonte oriental (que superarían las 8.300 has según cálculos aerofotográficos de Albeck [1993:74]), a distancias que alcanzan las dos horas de marcha desde los centros de población contemporáneos más próximos conocidos. Aún cuando acuerdo en que una porción considerable del sector Coctaca-Rodero debió ser edificado durante la Fase Inka y bajo supervisión imperial (Nielsen 1995b), el análisis de liquenometría realizado por aquella autora en Coctaca, indica la existencia de estructuras de mayor antigüedad, caracterizadas por el uso de pircas simples (Albeck 1995:321). Nadie ha atribuido la construcción de los restantes sectores (p.ej., Molla, Capla, Alfarcito) al Tawantinsuyu, ni conozco evidencias que pudieran sustentar esta idea. Madrazo vinculó la expansión de El Alfarcito como centro agrícola especializado al rápido crecimiento del Pukará de Tilcara, que debió suceder en el "momento señalado por el auge del estilo Hornillos N/R" (1969b:26). Estructuras similares que hemos relevado

recientemente cerca de Coraya presentan cerámica de Fases Muyuna-Calete (pucos con diseños reticulados de malla abierta en campos triangulares) en superficie. En Pueblo Viejo de La Cueva las estructuras de cultivo se asocian directamente al asentamiento, de Fase Muyuna. Todos estos elementos llevan a pensar que la intensificación agrícola aludida había alcanzado proporciones considerables antes de la conquista Inka.

A lo largo del trabajo tomo a las estructuras de sitio (tamaño, densidad, complejidad, presencia de espacios públicos [Nielsen 1996a]) como indicador central para postular (o negar) la existencia de procesos de integración local o regional, o de fenómenos de subordinación entre comunidades (que se reflejarían en la aparición de relaciones jerárquicas entre asentamientos). Lejos de medir el orden social y político directamente mediante los ajuares de tumbas, considero que la interpretación de este tipo de evidencia es problemática (cf. Nielsen 1996b), por lo que debe ser críticamente evaluada a la luz de otros indicadores más sólidos, como el registro de asentamiento. Es precisamente este punto de vista el que me lleva a aconsejar escepticismo al interpretar la riqueza del registro funerario de las Fases Muyuna-Calete como expresión de desigualdades efectivas.

La magnitud y naturaleza de la desigualdad social es uno de los aspectos más difíciles de evaluar con los elementos de juicio disponibles. Existen algunos datos al respecto procedentes de estudios osteológicos (Mendonca et al. 1992), de distribuciones cerámicas (Cremonte 1992) y de la arquitectura de ciertos sectores (Nielsen 1994). No obstante, para estudiar este problema, será necesario en el futuro ampliar estas muestras e incorporar otras líneas de evidencia, p.ej., diversos indicadores bioantropológicos, variaciones en las clases y calidad de desechos entre depósitos, contrastes entre conjuntos arqueofaunísticos, tamaño, complejidad y elaboración de la arquitectura doméstica, etc.

En cuanto al registro funerario, aparece como una de las pocas vías (sino la única) para indagar sobre el acceso diferencial a bienes suntuarios o el surgimiento de una "cultura material de élite" a escala macrorregional, dado que es improbable que este tipo de objetos sean descartados en cantidades significativas en basureros, o abandonados como residuos *de facto* en áreas domésticas. Estos fenómenos son importantes, teniendo en cuenta la existencia de modelos teóricos que consideran al control de objetos de prestigio y a los vínculos entre élites para su regular aprovisionamiento como variables cruciales para entender el desarrollo de la desigualdad social (p.ej., Cobb 1992; Renfrew 1986). Sin embargo, atendiendo a los problemas interpretativos anteriormente mencionados, se alude sólo en términos generales a la ubicuidad de estos objetos en el registro funerario y a sus semejanzas con elementos análogos en otras regiones, evitando hacer comparaciones cuantitativas o cualitativas entre momentos, o interpretar estas variaciones directamente como reflejos de posiciones sociales.

En el artículo no se niega (o afirma nada contradictorio con) la presencia de desarrollos aldeanos desde antes de la era, la circulación de bienes (suntuarios o no)

a gran distancia desde el Arcaico, la antigüedad del consumo de alucinógenos, la existencia de marcos ideológicos ampliamente compartidos desde el Formativo, o la importancia de los objetos metálicos como atributos del poder en los Andes. No concuerdo con Pérez, sin embargo, en la significación que atribuye a estos hechos. Aún cuando todo esto estaba sucediendo antes del 900 d.C., los escasos datos de asentamiento con que contamos no permiten inferir la existencia por aquellas épocas en Humahuaca de mecanismos de concentración de poder, fenómenos de integración política o de subordinación entre comunidades; ni siquiera parecen haber existido núcleos de población de importancia. Tampoco hay elementos para sospechar la presencia de desigualdades sociales.

Contra lo que llevarían a pensar las tipologías neoevolucionistas, la etnografía ofrece abundantes pruebas de que los últimos fenómenos no se siguen necesariamente de los mencionados en primer término. Aunque el consumo de alucinógenos pudo en ciertos casos constituirse en una práctica de élite y servir así para marcar distancias sociales (de hecho sospecho que esto fue así en momentos tardíos en Humahuaca), también es cierto que actualmente estas plantas son consumidas fundamentalmente en sociedades igualitarias, "tribales" y de "bandas" (Furst 1980). Lo mismo cabe señalar respecto al tráfico a larga distancia, incluso cuando involucra bienes suntuarios. Recuérdese el "anillo de kula" en Melanesia (Malinowski 1922), donde objetos tales como brazaletes y collares son desplazados cientos de kilómetros en una compleja red de intercambios y obligaciones entre personas, cuyo principal resultado es, aparentemente, mantener vínculos de reciprocidad entre unidades sociales autónomas y básicamente igualitarias. El trabajar con indicadores arqueológicos independientes de cada dimensión del cambio permite, precisamente, contrastar arqueológicamente hipótesis tales como "la presencia de bienes suntuarios implica centralización de poder político o desigualdad social," algo que es dado por supuesto en los modelos tipológicos.

Volviendo al registro de asentamiento, se conocen pocos sitios formativos en Humahuaca (Estancia Grande, Antumpa, El Alfarcito, Tilcara, además de niveles en algunas cuevas con depósitos estratificados); todos ellos multicomponentes, por lo que resulta difícil determinar sus características estructurales precisas (de allí que haya preferido iniciar mi análisis en el 700 d.C.). A pesar de esta dificultad, nada conduce pensar que estas instalaciones representen algo más que un número reducido de unidades domésticas. Por cierto, no parece haber punto de comparación entre estos sitios y los contemporáneos que el propio Pérez y su equipo, entre otros, se encuentran investigando más al sur en el área Valliserrana (Callegari et al. 1997; Gordillo 1994; Pérez 1991; Tartusi y Núñez Regueiro 1993). En Humahuaca no hay nada que se parezca a asentamientos jerarquizados, arquitectura pública o centros ceremoniales, fenómenos que aparentemente comienzan a manifestarse allá a comienzos de la era.

Recién hacia el 900 d.C. (u 800 si se prefiere tomar el límite inferior del fechado de Pueblo Viejo como inicio de la Fase Muyuna), comienza el registro de asentamiento a mostrar cambios. Los sitios de mayor porte conocidos en asociación con materiales Isla-Alfarcito son Puerta de Juella y San José (este último fechado después del 1000 d.C. [Tabla 1, #10]). A pesar de tratarse ya de poblados de cierta magnitud, no parece

haber espacios de participación comunitaria, contrastes estructurales o de tamaño marcados, u otros elementos que puedan sugerir relaciones jerárquicas entre comunidades. En el trabajo se relaciona la abundancia relativa de objetos de oro en las tumbas de este momento a procesos de concentración de poder y prestigio, y tal vez al surgimiento de sectores sociales privilegiados. Lo mismo podría decirse del desarrollo de un tráfico interregional para la provisión de bienes de prestigio. Pero esto no implica necesariamente centralización o integración política regional. Recién vemos aparecer indicadores específicamente relacionados a estos procesos después de 1200 d.C. (Fases Sarahuaico y Pukara). Por entonces comenzarían a formarse unidades políticas que comprometan a varias comunidades, cuyos ecos tardíos y transformados por siglo y medio de dominio Inka parecen reconocerse en las "parcialidades" enumeradas por las fuentes históricas tempranas para la Quebrada (Salas 1945). No niego la importancia de las fuentes escritas o la posibilidad de la crítica histórica, pero es preciso enfatizar el gran dinamismo propio del Período Tardío en la región y la necesidad de potenciar la aproximación arqueológica para su conocimiento.

Tengo ciertas dudas sobre la significación social del hallazgo de cerámica Isla en San Pedro de Atacama. ¿Porqué considerarla un bien suntuario o de prestigio? Aún aquellas piezas que podrían relacionarse a prácticas ceremoniales (como los vasos con cintura), son relativamente comunes en sitios, tanto de Quebrada como de Puna (Nielsen 1997a:109), lo que no avala pensar que existieran mayores restricciones a su circulación. Además, estos materiales pueden haber sido producidos en un vasto ámbito geográfico, incluyendo la Puna de Jujuy, desde donde fueron tal vez trasladados hacia la vecina Atacama. No hay razón entonces para pensar que dichos artefactos testimonien una alianza de élites o "un contexto simbólico compartido." Similares patrones de distribución de grupos cerámicos son comunes en toda el área durante el Período Tardío (p.ej., alfarería Yavi-Chicha en Sud López y Atacama, Mallku-Hedionda en el Loa, Yura en Nor López, Taltape en Arica [Nielsen 1997b]) y tal vez refleje sólo la intensificación por entonces del tráfico de caravanas. De hecho, encuentro cuestionable la noción de que la cerámica haya operado como marcador de desigualdades sociales entre los pueblos circumpuneños de esta época.

En cualquier caso, no encuentro a este fenómeno de distribución cerámica homologable a una "Integración Regional" como la propuesta por Pérez (1991) o Tartusi y Núñez Regueiro (1993) más al sur, donde se alude a una ideología plasmada en un rico repertorio iconográfico, prácticas rituales específicas y un ceremonialismo público compartidos. Más semejante a este fenómeno sería, hasta cierto punto, la difusión de prácticas rituales como las asociadas al complejo del rapé y a los trofeos de cráneos después de 1200 d.C. (tomando a esta fecha como inicio de la Fase Sarahuaico según lo aconsejan recientes fechados obtenidos en Quebrada del Cementerio).

En síntesis, si nos atenemos a las evidencias actualmente disponibles y unimos "la cronología, la cultura material de la élite y las instalaciones" es preciso concluir que los procesos de cambio social en los Valles y Quebrada de Humahuaca, ejemplificados por Aguada e Isla, no sólo ocurren en épocas diferentes, sino que no son fenómenos

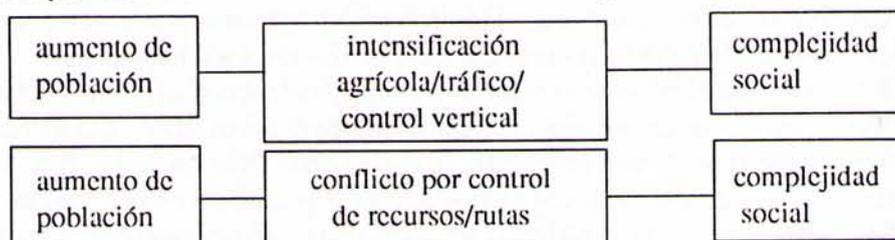
sociopolíticos comparables en su escala o naturaleza. En tal sentido, la clasificación de ambas entidades como "sociedades de jefatura" sólo lleva a obscurecer el problema y a disimular diferencias que son importantes para entender los procesos de evolución social en el NOA. Hace algunos años tuve oportunidad de asistir a una conferencia de Gordon Willey sobre las sociedades Mayas del Período Preclásico, a las que este prestigioso investigador calificó como "chiefdoms." La adscripción a un mismo tipo social de los habitantes de Pueblo Viejo de La Cueva y de los constructores de los complejos arquitectónicos monumentales de El Mirador, basta para persuadirme de que el concepto de "jefatura," y las tipologías neoevolucionistas en general, han concluido su vida útil.

Explicación

Como se anuncia en el primer párrafo, el trabajo sólo se propone discutir la relaciones entre fenómenos demográficos, económicos y políticos y (solamente) sus implicaciones para la explicación del cambio; lo que es nuevamente explicitado en la frase introductoria de la "Discusión." Este recorte temático es válido e indispensable dadas las limitaciones de espacio propias de esta publicación.

Concuerdo con los comentaristas en que el análisis de las relaciones causales entre estas tres grandes dimensiones no es suficiente como explicación última del proceso. No obstante, creo que es relevante y hasta necesario para el logro de este objetivo mayor. Primero, porque lleva a cuestionar algunos esbozos explicativos presentes en la literatura regional; contra lo que afirma Yacobaccio, algunas de estas propuestas alternativas son precisamente evaluadas en la "Discusión" a la luz de los datos presentados en el cuerpo del trabajo. Segundo, porque permite establecer ciertas proposiciones o interpretaciones parciales que son lógicamente necesarias para argumentar dónde podrían buscarse las causas últimas del proceso. Un tratamiento apropiado de la faz explicativa demandaría otro trabajo (por lo menos tan extenso como éste) y la consideración de variables que operan en un contexto que excede el ámbito de la Quebrada de Humahuaca. Aún así, quisiera dedicar el resto de este comentario a tratar (someramente) el problema, dado que ha sido planteado por ambos investigadores.

Las explicaciones más difundidas del cambio social y político durante los Períodos Medio-Tardío en Humahuaca parecerían responder a algunos de los siguientes esquemas, a menudo combinados en un mismo argumento:



El crecimiento demográfico, causa última del proceso, es tomado como algo "natural," que no requiere una explicación especial (o sería el producto de migraciones [Madrazo y Ottonello 1966:45]). En cuanto a los nexos causales entre variables, tampoco han sido discutidos explícitamente, salvo en breves referencias como las que ejemplifican las siguientes citas:

Los datos apuntados indicarían un crecimiento demográfico (mayor tamaño y concentración en las 'aldeas') y, quizás, la existencia de ciertas prácticas comunitarias en la producción agrícola que *necesitarían de algún tipo de liderazgo jerárquico*. (Olivera y Palma 1986:86, énfasis nuestro)

...el aumento en la densidad de la población en la región de la Puna y su Borde debe haber estado en relación directa con el acrecentamiento de la competencia por la posesión de los valles y otros lugares fértiles. Esta competencia habría producido choques entre las distintas culturas... (Madrazo y Ottonello 1966:45)

El surgimiento de los señoríos o jefaturas del Tardío local... tal vez esté relacionado, además, con el control de las redes de intercambio. (Albeck 1994:124)

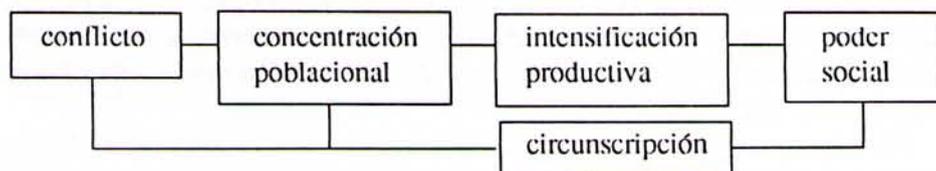
En 1992 reiniciamos trabajos de campo en Humahuaca (Nielsen 1992), buscando enfocarlos desde una perspectiva teórica que, sin perder de vista las condiciones materiales y culturales de reproducción del grupo, privilegiara en la explicación del cambio "la apropiación diferencial de recursos y la dinámica de las relaciones sociales que la hacen posible." (Nielsen 1996c:435) En estos y otros trabajos (Nielsen 1995a y c) explicitamos, además de las premisas de este enfoque teórico, los lineamientos metodológicos para su aplicación efectiva al registro arqueológico. El presente artículo constituye un primer análisis de las consecuencias del trabajo desde entonces realizado para el entendimiento de los procesos de evolución social en la región. Si bien he elegido un esquema inductivo para su exposición (en el que parto de presentar los datos para luego discutir sus implicancias), esto no significa que se haya seguido un procedimiento puramente inductivo en la producción de conocimiento como parece sugerirlo Yacobaccio, o que la propuesta explicativa se limite a una serie de argumentos post-hoc. Sólo revela que no encuentro especialmente atractivo como modelo de presentación y argumentación de ideas a la retórica deductivista, de moda en la literatura norteamericana de fines de la década del '60 y comienzos del '70, en la que todo trabajo debía empezar con una listado de hipótesis alternativas seguidas por una tediosa enumeración de todas las implicaciones de contrastación imaginables.

Partiendo de que las trayectorias hacia la complejidad pueden ser múltiples (Earle 1991), entre los puntos de importancia a considerar en el desarrollo de una teoría de la evolución social desde esta perspectiva se encontraban (Nielsen 1994:2): "(1) las estrategias generales utilizadas por ciertos actores o grupos para tomar control de recursos estratégicos o para resistir estas acciones; (2) las condiciones necesarias para

el éxito de estas estrategias; (3) los procesos de cambio en las estructuras del poder que resultan de la interacción de diversas estrategias de dominación y resistencia." Nuestro objetivo era (y es), entonces, explorar estos temas generales a través de algunos estudios de caso (Humahuaca, más recientemente López).

La contemporaneidad de la emergencia de jerarquías de asentamiento con la proliferación de los grandes conglomerados en la Quebrada, sugería que la circunscripción social (Carneiro 1970) podría haber sido una de las condiciones (o catalizadores) que favorecieron el éxito de estrategias de dominación de incipientes acumuladores (*sensu* Clarke y Blake 1994). La funebria "Isla" podría estar relacionada con algunas de las estrategias que dieron origen a estos últimos como sector social durante el momento inmediatamente anterior. La intensificación productiva y las grandes inversiones en infraestructura agrícola pudieron actuar de un modo convergente, al elevar los costos de resistencia mediante fisión (Gilman 1981). Hasta aquí, la secuencia causal podía seguir un orden similar al propuesto por otros autores, con el crecimiento demográfico como motor de todo el proceso. El conflicto, testimoniado por la proliferación de los pukaras, podía tener el mismo origen, una expresión de la intensificación de la competencia resultante.

Las prospecciones realizadas en las Quebradas de Yakoraite y Calte brindaron los primeros indicios de que esta explicación podría no ser satisfactoria. Mientras que estas quebradas albergaban asentamientos de cronología más temprana (además de una importante población rural actual), no parecían haber sido ocupadas en forma significativa durante las Fases Sarahuaico y Pukara, cuando supuestamente la presión demográfica y la demanda de recursos habían alcanzado su mayor nivel. Esto nos llevó a proponer una secuencia algo diferente, que podría esquematizarse del siguiente modo:



El conflicto con grupos ajenos a la región habría llevado a sucesivos repliegues de la población, primero sobre el valle troncal y luego sobre aquellos puntos de mayor valor defensivo. La situación de inseguridad resultante, impediría aprovechar plenamente el potencial económico de las porciones altas y medias de las quebradas tributarias, mientras que obligaría a intensificar la producción en el valle del Río Grande para satisfacer las demandas de la población allí concentrada. También habría potenciado el efecto de circunscripción social, al tomar extremadamente riesgosa la fisión como forma de resistencia. Si a ello sumamos el costo que podría implicar el abandono de las inversiones productivas y de un sistema económico integrado, nos encontraríamos frente a las condiciones estructurales necesarias para comprender el

éxito de estrategias de acumulación de poder basadas en la ostentación, la generosidad competitiva, la lucha de facciones, el control de objetos y prácticas rituales de importancia pública (Nielsen 1994), o la clausura social mediante la participación diferencial en redes de largo alcance para la distribución de bienes de prestigio. Una situación de conflicto semejante, también propiciaría la concentración del poder, creando condiciones para la emergencia de líderes (aquellos destacados en enfrentamientos o capaces de movilizar seguidores) y consolidando redes de clientela.

Sin duda, los procesos de integración política resultantes debieron involucrar luchas y conflictos de intereses entre comunidades quebradeñas, pero creo que el carácter centrípeto de la tendencia demográfica sólo es inteligible si se piensa en enfrentamientos con pueblos ajenos a Humahuaca. Estos pudieron incluir a grupos de las tierras bajas (González 1982:350-55; Lorandi 1982:86; Salas 1945:54), pero también a otras poblaciones andinas.

Si este escenario explicativo es al menos aproximadamente correcto, la pregunta última sería ¿porqué se desencadena el conflicto? Las evidencias de cambio climático procedente del glaciar Quelccaya mencionadas por Yacobaccio, como las producidas por el grupo de Kolata (1993) en base al análisis de sedimentos del Lago Titicaca, son ciertamente sugerentes. Una disminución general de la productividad agrícola (y tal vez pastoril) podría haber provocado enfrentamientos en torno al control de recursos, análogos a los que la literatura atribuye al crecimiento demográfico. Otro hecho relacionado, pero que podría estar incidiendo a través de mecanismos diferentes, sería la desintegración del fenómeno Tiwanaku alrededor del 1100 d.C. (Albarracín Jordán 1996:290). El colapso de esta formación política (que pudo a su vez estar relacionado de algún modo a los cambios ambientales anteriormente aludidos [Kolata 1993:282-302]), pudo también provocar una reacción en cadena cuya "onda expansiva" alcanzaría el sector norte del NOA. Tal vez debamos considerar en el futuro más de un factor concurrente. En cualquier caso, resulta claro que las causas deben haber operado sobre un vasto espacio geográfico, ya que esta situación de conflicto parece haber llegado hasta los Andes Centrales.

Por último, cualquiera haya sido el o los disparadores del conflicto, podríamos considerar la posibilidad de que hayan puesto en movimiento procesos sociales dotados de una dinámica propia y, hasta cierto punto, independiente de sus orígenes. Si en cierto momento el conflicto generó las condiciones estructurales para el surgimiento de cierto poder social, su perpetuación pudo constituir una estrategia para la reproducción de la desigualdad. Así lo indica, quizás, la ostentación de ciertas formas de violencia ritual (v.gr., los trofeos de cráneos) o la asociación entre conflicto, poder y riqueza sugerida por Guamán Poma (1980[1615] Vol.1:52) en su caracterización del Auca Runa:

De sus pueblos de tierra baja se fueron a poblarse en altos y serros y peñas y por defenderse y comensaron a hazer fortalezas que ellos les llaman pucara... Y comensaron a rreñir y batalla y mucha guerra y mortanza con su señor y rrey

y con otro señor y rrey, brabos capitanes y ballentes y animosos hombres... Y se quitauan sus mugeres y hijos y se quitauan sus sementeras y chacaras y asecyas de agua y pastos. Y fueron muy crueles que se rrobaron sus haziendas, rropas, plata, oro, cobre... Y tenían mucho oro y plata... y tenía muy mucha rriquezas entre ellos.

No estoy seguro de entender el propósito de la cita de Allan Poc que encabeza el comentario de Pérez, aunque la encuentro un tanto inquietante. Imagino que si los astrónomos se hubiesen dejado llevar por "hechos excesivos y palpablemente evidentes," como que el sol sale por el este, aún viviríamos en un universo geocéntrico. Sin menospreciar la importancia del sentido común en toda búsqueda de conocimiento, considero que las "rupturas epistemológicas" son igualmente cruciales en el desarrollo de la ciencia y que debemos siempre conservar la capacidad de cuestionar aquello que parece obvio (a menudo por la mera acción de la costumbre).

Tilcara, octubre de 1997

BIBLIOGRAFIA CITADA

Albeck, M.E.

1993. Arcas Agrícolas y Densidad de Ocupación Prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 2:56-77.

1994. La Quebrada de Humahuaca en el Intercambio Prehispánico. En *De Costa a Selva*, editado por M. E. Albeck, pp.117-127. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Tilcara.

1995. Funcionalidad y Cronología Relativa de los Recintos de Cultivo de Coctaca, Prov. de Jujuy, Rca. Argentina. *Hombre y Desierto*, Vol. I:317-321. Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Antofagasta, octubre de 1994.

Albarracín-Jordán, J.

1996. *Tiwanaku: Arqueología Regional y Dinámica Segmentaria*. Plural, La Paz.

Basílico, S.

1992. Pueblo Viejo de La Cueva (Dpto. de Humahuaca, Jujuy): Resultado de las Excavaciones en un Sector del Asentamiento. *Cuadernos* 3:108-127. S. S. de Jujuy.

Bennett, W.; E. C. Bleiler y F. H. Sommer

1948. *Northwest Argentine Archaeology*. Yale University Publications in Anthropology, Nro. 38, New Haven.

Berenguer, J.; A. Deza; A. Román y A. Llagostera

1986. La Secuencia de Myriam Tarragó para San Pedro de Atacama: Un Test por Termoluminiscencia. *Revista Chilena de Antropología* 5:17-54.

Callegari, A. B.; F. Campos; M. E. Gonaldi y M. G. Raviña

1997. Complejidad Social y Ritos de Santificación en "La Cuestecilla," Valle de Antinaco

- (La Rioja). *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Copiapó. En prensa.
- Carneiro, R.
1970. A Theory of the Origin of the State. *Science* 169:733-738.
- Cigliano, E. M.
1967. Investigaciones Antropológicas en el Yacimiento de Juella (Dep. de Tilcara, Provincia de Jujuy). *Revista del Museo de La Plata* (NS), Sección Antropología VI:123-249.
- Clark, J. E. y M. Blake
1994. The Power of Prestige: Competitive Generosity and the Emergence of Rank Societies in Lowland Mesoamerica. En *Factional Competition and Political Development in the New World*, editado por E. M. Brumfiel y J. W. Fox, pp. 15-30. Cambridge, Cambridge University Press.
- Cobb, C.R.
1992. Archaeological Approaches to the Political Economy of Nonstratified Societies. En *Archaeological Method and Theory*, Vol. 4, editado por M. B. Schiffer, pp. 43-100. University of Arizona Press, Tucson.
- Cremonte, M. B.
1992. Algo Más sobre el Pucará de Tilcara. *Cuadernos* 3:35-52. S. S. de Jujuy.
- Deambrosis, M. S. y M. De Lorenzi
1975. Definición de Nuevos Tipos Cerámicos (Análisis de Materiales Procedentes de Peña Colorada, Provincia de Jujuy). *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 451-464. Buenos Aires.
- Dean, J. S.
1978. Independent Dating in Archaeological Analysis. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 1, editado por M. B. Schiffer, pp. 223-255. Academic Press, New York.
- Duff, A. I.
1996. Ceramic Micro-Seriation: Types or Attributes? *American Antiquity* 69:89-101.
- Earle, T. K. (ed.)
1991. *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Fernández Distel, A. A.
1976. Reciente Fechado Radiocarbónico para una Entidad Agroalfarera Tardía en la Quebrada de Humahuaca, Jujuy. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (NS) 10:167-172.
- Furst, P. T.
1980. *Alucinógenos y Cultura*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Gilman, A.
1981. The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology* 22:1-23.
- González, A. R.
1982. Las Provincias Inka del Antiguo Tucumán. *Revista del Museo Nacional* XLVI:317-380. Lima.

- Gordillo, I.
1994. *Arquitectura y Religión en Ambato: Organización Socio-Espacial del Ceremonialismo. Publicaciones 47. Córdoba.*
- Guamán Poma de Ayala, F.
1980. [1615] *Nueva Crónica y Buen Gobierno. Siglo XXI, México.*
- Kolata, A. L.
1993. *The Tiwanaku: Portrait of an Andean Civilization.* Blackwell, Cambridge.
- Krapovickas, P.
1988. Nuevos Fechados Radiocarbónicos para el Sector Oriental de la Puna y la Quebrada de Humahuaca. *Runa* 17-18:207-219.
- Lorandi, A. M.
1982. La Frontera Oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una Hipótesis de Trabajo. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 9:77-95.
- Madrazo, G. B.
1969a. *Reapertura de la Investigación en Alfarcito (Pcia. de Jujuy, Rep. Argentina).* Monografías Nro. 4, Museo Etnográfico Municipal "Damaso Arce", Olavarría.
1969b. Los Sectores de Edificación en el 'Pucará' de Tilcara (Pcia. de Jujuy). *Etnia* 9:21-27.
- Madrazo, G. B. y M. Otonello
1966. *Tipos de Instalación Prehispánica en la Región de la Puna y su Borde.* Monografías Nro. 1, Museo Etnográfico Municipal "Damaso Arce", Olavarría.
- Malinowski, B.
1922. *Argonauts of the Western Pacific.* Dutton, New York.
- Mendonca, O. J.; M. A. Bordach y S. G. Valdano
1992. Reconstrucción del Comportamiento Biosocial en el Pucará de Tilcara (Jujuy): Una Propuesta Heurística. *Cuadernos* 3:144-154. S. S. de Jujuy.
- Nielsen, A. E.
1992. Diseño de Investigación para el Estudio de Formaciones Sociales Prehistóricas en la Quebrada de Humahuaca. Trabajo presentado a las III Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales. U.N.Ju, S. S. de Jujuy.
1994. Lo Sagrado y lo Profano: Control Ritual y Poder Social en Omaguaca. En *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, San Rafael. En prensa.
1995a. Algunos Conceptos que Obstaculizan el Estudio Arqueológico de los Procesos de Evolución en Sociedades Sin Estado. *Comechingonia* 8:21-46.
1995b. Aportes al Estudio de la Producción Agrícola Inka en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *Hombre y Desierto*, Vol. I:245-256. Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Antofagasta, octubre de 1994.
1995c. Architectural Performance and the Reproduction of Social Power. En *Expanding Archaeology*, editado por J. Skibo, W. H. Walker y A. E. Nielsen, pp. 47-66. University of Utah Press, Salt Lake City.
1996a. Estructuras y Jerarquías de Asentamiento en Humahuaca (Jujuy, Argentina) en

- Vísperas de la Invasión Europea. *XXV Aniversario del Museo Arqueológico Eduardo Casanova*, pp. 99-109. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Tilcara.
- 1996b. Reflexiones sobre Función y Complejidad Social en Quebrada de Humahuaca. *Arqueología* 6:265-275.
- 1996c Apuntes para el Estudio Arqueológico de la Evolución Social en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). *En Actas del I Congreso de Investigación Social*, pp. 435-442. FF y L, Univ Nac de Tucumán, S. M. de Tucumán.
- 1997a. *Tiempo y Cultura Material en la Quebrada de Humahuaca 700-1650 d.C.* Instituto Interdisciplinario Tilcara, Tilcara.
- 1997b. Aproximación Arqueológica a la Diversidad Cultural Tardía en el Altiplano de Lípez. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Copiapó. En prensa.
- Olivera, D. E. y J. R. Palma
1986. Sistemas Adaptativos Prehispánicos Durante los Períodos Agro-alfareros de la Quebrada de Humahuaca, Jujuy, R.A. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 11:75-97.
- Pelissero, N.
1969. *Arqueología de la Quebrada de Juella: Su Integración en la Cultura Humahuaca.* Dirección Provincial de Cultura, Jujuy.
- Pérez, J. A.
1991. La Cultura de la Aguada Vista desde el Valle de Ambato. *Publicaciones* 46:157-184. Córdoba.
- Raffino, R. A.
1981. *Los Inkas del Kollasuyu.* Ramos Americana, Buenos Aires.
- Renfrew, C.
1986. Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-Political Change. In *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, ed. by C. Renfrew and J. Cherry, pp. 1-18. CUP, Cambridge.
- Rivolta, M. C.
1996. Calle Lavalle y Sorpresa: Aportes a la Investigación Arqueológica de la Quebrada de Humahuaca. *XXV Aniversario del Museo Arqueológico Eduardo Casanova*, pp. 129-135. Instituto Interdisciplinario Tilcara, Tilcara.
- Rivolta, M. C. y M. E. Albeck
1992. Los Asentamientos Tempranos en la Localidad de Tilcara: S.Juj.Til.22, Provincia de Jujuy. *Cuadernos* 3:86-93. S. S. de Jujuy.
- Salas, A.
1945. *El Antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Provincia de Jujuy).* Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A., Museo Etnográfico, Serie A. Buenos Aires.
- Service, E. R.
1962. *Primitive Social Organization: An Evolutionary Perspective.* Random House, New York.